

CARTA DESDE LAS AULAS

Los acontecimientos de la vida de cada hombre, tomados singularmente y en su globalidad, no son nunca insignificantes, y máxime cuando se ha tenido la suerte de recibir, durante años en el aula, el pensamiento y trabajo intelectual de don Alfonso Sancho. Su pensamiento y trabajo es una modalidad de su existencia; manantial de significativas y profundas lecciones; vivificantes y generosas, que nos dejara huellas a tantas promociones como *estelas en la mar*.

Mi infancia son recuerdos... Mediaba la primavera del año sesenta y tres, cuando un grupo de colegiales con chaqueta azul, pantalón gris y sobre el pecho el escudo del Instituto Virgen del Carmen, acompañados de don Alfonso, nos dirigíamos a Granada. *Montes con sol, montes de sol y piedra*. Queda fresca en mi memoria el impacto de la singular belleza de lo árabe, erigido sobre vergeles, con olor a agua y su relajante discurrir procedente de múltiples veneros. Aún circulaban entre señoriales y románticos los tranvías, que todavía mantienen sus estigmas serpenteantes por las recoletas callejuelas de la ciudad. Allí, junto a la orilla del Darro, donde parece que *la arenas sueñan*, un grupo de mujeres con *pensamiento de vuelo de gaviota*, intentaban hacer realidad sus sueños de mejor fortuna.

Entre simbólicos *jazmines y rosas blancas* guardo mis primeros libros de la colección Austral, germen de mi biblioteca, que unos ahorrillos lo hicieron posible. Libros adquiridos en la papelería Cruz, junto a la coqueta plaza del Pósito rodeada de naranjos. Ya en los primeros años de la década de los sesenta, don Alfonso nos induce a la lectura, a trabajar los textos originales. Esta metodología por aquella época tiene el valor de la innovación versus la enseñanza tradicional que predominaba. Don Alfonso nos enseña el correcto uso de la lengua, y nos acerca a un progresivo conocimiento y dominio de la misma. La palabra se traduce en un inmenso caudal de

vida, fuerza y energía, con infinitas significaciones de lo humano de la palabra.

Años más tarde, en la Escuela de Magisterio, don Alfonso, dando muestras de su especial visión y sentido de anticipación, nos descubre esa pléyade de autores hispanos, allén de los mares, cuando sus obras todavía no estaban muy introducidas en España. *Entonces, paz de España, yo te saludo*. Los nombres de Ernesto Sábato, Vargas Llosa, García Márquez —por citar algunos—, empezaron a sernos familiares... ¡Cómo le brillaban los ojos a don Alfonso el día en que Camilo José Cela disertó en el salón de actos de Magisterio! *Hijo, éste, de una estirpe de rudos caminantes*.

A su alto nivel intelectual se unen las cualidades humanas. Su saber estar como docente, el respeto por la persona y su exquisitez, hacían sencillo el trato. Don Alfonso supo marcar la distancia que se tornaba próxima en la relación personal. El sintetiza la figura del profesor respetado y querido por todos... *Y cuando llegue el último viaje y mi cuerpo se funda con los campos de Jaén, me encontraréis allí donde el viento canta, el corazón reposa y donde juegan mariposas doradas*.

Tomás Jesús Campoy Aranda
Jaén, febrero de 1992